



20 DÍAS DE ABRIL

ANA ALONSO

ANA ALONSO

20 DÍAS
DE ABRIL

ANAYA

1.ª edición: febrero 2021

© Del texto: Ana Alonso, 2021
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta e ilustración: Naranjalidad

ISBN: 978-84-698-8560-4
Depósito legal: M-31035-2020
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Capítulo 1	9
Capítulo 2	17
Capítulo 3	27
Capítulo 4	34
Capítulo 5	41
Capítulo 6	49
Capítulo 7	60
Capítulo 8	71
Capítulo 9	77
Capítulo 10	86
Capítulo 11	94
Capítulo 12	103
Capítulo 13	111
Capítulo 14	119
Capítulo 15	130
Capítulo 16	139
Capítulo 17	146
Capítulo 18	153

A mi amiga de Stirling, Pilar,
que me ayudó a encontrarme
cuando estaba más perdida
(y sigue haciéndolo).

A mi amiga Claudia,
que me llevó a Cuatrociénagas.

A mi amiga Aída,
que ha sido mis ojos y mis oídos
en el Stirling de la pandemia.

Este libro no habría sido posible
sin vosotras.



Sobre la moqueta marrón yacían una mochila y dos maletas abiertas que contenían el total de las posesiones de Pablo para aquel curso. Las había subido él solo hasta el segundo piso de Donnelly House, donde se encontraba su nueva habitación. Con sus compañeros de su casa anterior en Polwarth, al otro lado del lago, se llevaba bien, pero no tanto como para pedirles ayuda en la mudanza. Además, no quería contestar a sus preguntas acerca de por qué había pedido el traslado. Que se lo preguntasen a Sofía, si tenían curiosidad. Prefería no imaginarse lo que les diría ella... Le ardían las mejillas solo de pensarlo.

Casi era una suerte que la gente estuviese tan ocupada con otras cosas en aquellos días. Las noticias sobre la pandemia llegaban al campus envueltas en la irrealidad de las videollamadas familiares desde España, los hilos de Twitter y las historias de Instagram. Los periódicos digitales españoles anunciaban cada día el recuento de muertos en todo el país; pero no podía ser, sonaba a estadística vacía... Pablo era incapaz de ponerles cara a aquellas muertes, o de imaginarse los hospitales atestados, las residencias donde todos los ancianos enfermaban

a partir de un solo contagio inicial... Parecía un cuento; un cuento de terror moderno. Quizá un episodio de una serie pretenciosa de HBO. Y mientras, en el campus de Stirling, la vida había seguido como si tal cosa: los dos pubs abiertos hasta las 23:00, la galería de cristal que comunicaba el edificio central con los laboratorios llena de puestos de ropa teñida a mano y de mesas informativas sobre veganismo, protección del hielo de Groenlandia y otras iniciativas, la librería-cafetería animada casi a cualquier hora, y el supermercado del campus bien surtido de pakoras, samosas y todo tipo de especialidades indias que solo había que calentar y consumir.

Como mucho, hacía tres o cuatro días que habían comenzado a aparecer en el campus algunas mascarillas. Todos alumnos asiáticos, como observó Sofía con cierto aire de superioridad. Porque hacía solo tres días, llevar puesta la mascarilla parecía una exageración de personas hipocondríacas. Un día más tarde, algún portavoz de Sanidad del gobierno británico había recomendado usarlas con prudencia. Y Pablo, sintiéndose un poco ridículo, se acercó a la farmacia del campus a comprar un paquete... pero llegó demasiado tarde: se habían agotado.

Así que allí estaba, en su nuevo piso compartido de Donnelly House, con las maletas abiertas y recién separado para siempre del amor de su vida. Sonrió después de pensar aquella última frase. Ya le habría gustado a él... Pero no, Sofía no había llegado a ser su gran amor durante más de diez minutos seguidos. Si lo pensaba con objetividad, ella se había limitado todo el tiempo a dejarle expresar sus sentimientos sin hablar de los suyos. Sí: tenía aquellos larguísimos wasaps a las tantas de la mañana, cuando ella no podía dormir y él la entretenía contándole cuentos hasta que le entraba el sueño. Tenía las

canciones que habían intercambiado (generalmente cuatro enviadas por él por cada una que enviaba ella). Y los emojis de sonrisas ruborizadas. A Sofía le encantaban. Cada vez que Pablo recibía una fila entera de esas caritas sonrientes en su pantalla, sonreía y se ruborizaba también. Como si de verdad la estuviese viendo en aquella actitud un poco vergonzosa y, a la vez, resplandeciente...

Pero lo cierto era que, cuando abrían las puertas de sus cuartos por la mañana y se encontraban en la cocina para desayunar, la cara de Sofía no tenía esa expresión. Le hablaba de manera brusca, reaccionaba con nerviosismo ante cualquier contratiempo (por ejemplo, si alguien se había dejado los platos sucios en el fregadero o si, en la nevera, un compañero había invadido su rincón con una rejilla llena de tubos de laboratorio). Estaba siempre estresada y de mal humor. Bueno, siempre no. Lo estaba con él. Había tardado seis meses en darse cuenta de que lo único que le pasaba a Sofía, en realidad, era que nunca se había planteado en serio una relación con Pablo. A veces recurría a él por wasap cuando se sentía aburrida o desanimada. Pero sus cambios de humor tenían muy poco que ver con su vecino de habitación. Estaban relacionados con otros chicos que él ni siquiera conocía, compañeros de prácticas en el laboratorio, un *mature student* que la había invitado a la bolera el sábado, el grupo con el que se iba a un club de soul los viernes en Edimburgo... Pablo no era más que un espectador entusiasta de aquella ajetreada vida.

Se dejó caer de bruces sobre la cama, que acababa de hacer, y respiró el olor a limpio de la funda nórdica marrón con florecitas blancas. Se le ocurrió pensar que, tal vez, aquel momento fuese el comienzo de una nueva forma de vivir, de algo

mejor. Quizá Sofía no volvería a aparecer nunca. Quizá podría leer sus mensajes de wasap con la misma indiferencia con la que leía las bromas de su grupo de primos españoles. Quizá no la vería en semanas...

—Hola... ¿Estás bien? —preguntó una voz femenina desde la puerta.

Se incorporó para girarse y vio en el umbral a una muchacha japonesa con melena negra, y un vestido de color marfil ajustado y bonito, que no encajaba demasiado bien en una mañana de sábado del campus. Llevaba puesta una mascarilla blanca de máxima protección.

Se levantó y fue a su encuentro para saludarla.

—Sí, hola —contestó en inglés—. Me llamo Pablo, soy el nuevo. Me han dado esta habitación.

—Sí... La habitación de Olaf. No sé si a su hermano le va a gustar —sonrió ella con timidez—. Yo soy Yumiko. Vivo en la primera habitación detrás de la cocina. Si necesitas cualquier cosa...

—No. Bueno, las normas de la casa, si las hay.

—A ver... Todo el mundo limpia los cacharros que ensucia en el mismo día, no se pueden dejar para el siguiente. Una vez cada dos semanas limpiamos la nevera. Y, a la semana siguiente, el horno. Cada uno cocina lo suyo, aunque a veces nos ponemos de acuerdo para preparar algo entre todos. Claudia, la de este cuarto de al lado, es muy especial con el tema del reciclaje. Tendrás una bronca con ella si no reciclas.

—Ah... vale.

—Para ducharte, puedes apuntar tu horario en el papel que hay sobre la puerta del baño. Ya ves que somos bastante organizados.

—Genial. Es mejor así. En la otra casa donde vivía, era un caos. Los cacharros se apilaban en el fregadero día tras día hasta que ya no quedaba nada limpio, y entonces, fregabas justo lo que necesitabas para sobrevivir.

Yumiko rió con los ojos, y probablemente también con la boca, aunque su sonrisa quedó oculta tras la mascarilla.

—Lo sé. La primera casa que tuve aquí en Stirling era así también. Menos mal que estaba con Genji y, entre los dos, conseguimos poner un poco de orden. Es mi novio.

—¿Vive aquí también?

Yumiko lo negó con la cabeza.

—No. Vive en Edimburgo. Es musicólogo. Está haciendo un Ph.D.

Se quedó mirando las maletas de Pablo, donde se mezclaban sin orden ni concierto la ropa y los libros.

—Quizá debería irme con él, ahora que todavía hay tiempo.

—¿Todavía?

Yumiko se apoyó en el quicio de la puerta y buscó su mirada.

—¿No lo has oído? Aquí también van a imponer restricciones. Es cuestión de días. Se habla de que el lunes podrían suspenderse las clases.

—¿Tú qué estudias, por cierto?

—Economía —contestó ella casi en tono de disculpa—. Fue una decisión de mis padres. Pero me gusta... es muy útil.

—Una economista con un novio musicólogo.

—Bueno... solo estoy en segundo año. Todavía me falta mucho para ser economista —replicó Yumiko, incómoda al parecer por haberse convertido en el centro de la conversación—. ¿Y tú, cómo has llegado tan tarde? No eres tan mayor

como para ser estudiante de posgrado, pero el curso de los grados está ya avanzadísimo.

—Llevo en Stirling desde agosto, el curso completo —explicó Pablo—. Lo que pasa es que he pedido un cambio de alojamiento y me lo han concedido.

—¿Y para qué lo pediste? Todos son más o menos iguales. Bueno, están los del pabellón nuevo, pero esos cuestan el doble...

—Yo vivía en uno parecido a este, Polwarth House. Lo pedí por... problemas de convivencia. Salía con una chica que también vivía allí y... rompimos.

Yumiko asintió, comprensiva.

—Pues has hecho muy bien, porque, con la que se avecina... ¿No lo has oído? Puede que nos confinen en los pisos y que no nos dejen salir más que a las cosas imprescindibles. Así que tendrías que haber estado conviviendo con tu ex todo el tiempo, de la mañana a la noche. Aunque lo bueno, aquí, es que cada uno tiene su cuarto con su cerrojo, y si tú no quieres, nadie puede invadir tu privacidad.

Pablo imaginó con melancolía lo maravilloso que habría resultado encontrarse confinado día y noche en el mismo piso que Sofía. A lo mejor, por fin le habría dado una oportunidad para conocerlo realmente. Y a lo mejor las cosas habrían sido distintas...

En todo caso, nunca lo sabría, así que lo mejor que podía hacer era centrarse en el presente y en la chica que tenía frente a él. Quería hacer todo lo posible para empezar su nueva vida con buen pie.

—¿Qué tal es el ambiente en la casa? —preguntó.

Yumiko se lo pensó un momento antes de contestar.

—A ver... cada uno va un poco por libre, ya sabes cómo es esto. Arvid era inseparable de su medio hermano, Olaf, pero,

no sé por qué, Olaf se ha vuelto a Noruega y él se ha quedado. Los demás no nos conocíamos antes de que empezara el curso. Bueno, yo conocía de vista a Claudia, porque es muy activista con el tema del cambio climático y los plásticos. La has tenido que ver alguna vez en los puestos de la galería de cristal. Una chica morena, con el pelo muy negro y brillante.

—Con esa descripción, podría ser cualquiera —dijo Pablo—. No sé, ¿tú crees que debería invitar a la gente un día a cenar, para presentarme y todo eso?

Yumiko se encogió de hombros.

—No creo que haga falta. Aquí nadie nos ha presentado unos a otros. Hablamos cuando coincidimos en la cocina o en la puerta del baño. A veces nos sentamos en el salón por la noche y nos da por reírnos y charlar... bueno, si es que a eso se le puede llamar un salón.

—Pero esto es distinto. He llegado casi al final del curso, y en plena pandemia...

—Bueno, si quieres reunir a la gente y contárselo, me parece bien. Pero una sugerencia: acompáñalo con una comida apetitosa. Tú eres español, ¿no?

—¿Tanto se me nota? —sonrió Pablo.

—Por el acento. Vosotros tenéis platos estupendos. Puedes hacer... ¿una paella?

—No sé hacer paella. Pero puedo intentar hacer una tortilla de patata. Lo que pasa es que tendría que hacerme con los ingredientes.

En ese momento se abrió la puerta principal del piso e irrumpió una chica no muy alta vestida con una gruesa parka impermeable.

Iba a pasar de largo por el pasillo, pero Yumiko la retuvo con suavidad.

—Claudia, mira, es Pablo, el chico nuevo. Es español.

Claudia se apoyó en la pared y miró hacia el interior de la habitación con desdén. No llevaba mascarilla.

—¿Económicas? ¿*Marketing*? ¿*Big Data*? —preguntó.

—No. Estudio Historia del Arte.

Claudia sonrió con la cabeza ladeada.

—Estupendo. Un artista. Lo que nos faltaba en la casa. Vendrá bien un poco de variedad, con la que se avecina. ¿No os habéis enterado? Confinamiento. No podemos salir de los pisos para nada, las clases se suspenden, los pubs y las tiendas se cierran, menos la farmacia y el supermercado. Así que a lo mejor deberíamos ponernos de acuerdo y hacer una compra de comida entre todos... por lo que pueda pasar.

2

La idea de una compra general para el piso parecía sensata, pero ponerla en práctica resultó más complicado de lo que Pablo había imaginado. Para empezar, faltaban dos personas, una chica llamada Suhani y el noruego Arvid. La primera había ido a hablar con uno de sus profesores de Estudios religiosos, y, sobre Arvid... había salido de fiesta la noche anterior y parecía que aún no había regresado.

—Siempre conoce a gente en las fiestas —explicó Claudia—. Chicas.

—Ah —murmuró Pablo, impresionado.

—Pero ahora, con esto del confinamiento, tendrá que parar —continuó la mexicana—. Se le acabaron las fiestas por un tiempo. ¡Pobre!

Se habían ido los tres a la cocina, que estaba razonablemente limpia, para tratarse de un piso compartido por siete universitarios. El suelo era de linóleo azul y la mesa se encontraba protegida por un hule blanco. Yumiko llenó la tetera eléctrica y la enchufó. En pocos segundos, el agua comenzó a burbujear.

De camino a la cocina, Claudia se había dedicado a llamar a las puertas de todos los compañeros. Solo un par de chicos

habían respondido desde sus respectivas habitaciones. Aunque cada uno vivía en un extremo de la casa, aparecieron en la cocina justo a la vez.

—Este es Edward —anunció Claudia, presentando al más alto de los dos, un joven negro vestido con una sudadera de los Angeles Lakers—. Y este es Andrei, de San Petersburgo.

—De Murmansk, en realidad —precisó el aludido, un muchacho pálido, de pómulos salientes y cabellos muy claros—. Está más al norte y al este. En mitad de ninguna parte. O, más bien, al norte de todo. Sí.

A Pablo le pareció una explicación extraña. Quizá había intentado traducir literalmente del ruso al inglés lo que quería decir y no le había salido del todo bien.

—Andrei estudia Literatura —explicó Yumiko—. Y Edward estudia Biología... ¡Le acaban de conceder una beca de posgrado!

—Es toda una ratita de laboratorio —añadió Claudia con ironía—. Sabes lo que decimos los biólogos en español, ¿verdad, Pablo? Hay una guerra entre los biólogos de bata y los biólogos de bota. Yo soy de bota, claramente. Y a estos de la bata no los entiendo.

Había hablado en español, suponiendo que así los demás no podrían entenderla. Se equivocaba.

—Los biólogos de bota también se tienen que poner la bata de vez en cuando —replicó Edward en inglés con un tono muy calmado—. Y al contrario. No hay límites tan claros, no es todo blanco o negro. Pero dejemos eso y vamos a lo práctico... Habrá que poner unas normas aquí dentro con lo del confinamiento, ¿no? Por ejemplo, ¿qué hacemos con las mascarillas?

Ninguno de ellos la llevaba puesta, a excepción de Yumiko.

—Yo creo que a nosotros se nos puede considerar «un grupo de convivientes» —opinó Andrei—. Es decir que, dentro de casa, si nadie enferma o tiene síntomas, podemos estar sin mascarillas. De todos modos, están diciendo que no hay mascarillas suficientes para toda la población.

—Yo tengo dos cajas, puedo prestar alguna —dijo Yumiko—. Aunque es verdad, creo que en casa no hará falta usarla.

—Pero sí que habrá que obligar a que se la pongan los visitantes —puntualizó Edward—: novios, amigos, compañeros... me da igual. Aquí no entra nadie sin mascarilla. Y para salir, igual. El que salga, tiene que ponérsela.

—Parece que no entiendes la situación —replicó Andrei en tono burlón—. No va a venir nadie y nosotros tampoco vamos a ir a ninguna parte. ¡Es un confinamiento! Como en las películas. Estamos encerrados.

Claudia se sentó en una de las sillas de la cocina y, apoyando los brazos en el hule blanco, enterró la cabeza entre ellos.

—Tiene que ser una pesadilla. Justo ahora, cuando tenía ya clara la ruta de observación para los urogallos... Pero eso no pienso dejarlo. Es ciencia, no puede esperar.

—¿Y qué vas a hacer, saltarte las leyes? —le espetó Edward.

Antes de que Claudia pudiera contestar, un nuevo rostro se asomó a la puerta de la cocina. Se trataba de una muchacha esbelta, con una larga melena oscura y un vestido estampado que le llegaba a los tobillos. Encima del vestido llevaba puesta una gruesa chaqueta de lana gris.

—¿Pasa algo? —preguntó—. ¿Estáis hablando de lo del confinamiento?

—Sí, y de hacer una compra de comida por si acaso —explicó Yumiko—. ¿Qué opinas, Suhani?

Los ojos aterciopelados de la chica se posaron en Pablo, que le sonrió.

—Soy el nuevo, Pablo. Si os parece bien, hacemos una lista y nos acercamos al súper.

—El súper del campus está cerrado —explicó Suhani—. Habría que ir al Tesco's, en el pueblo. Y en los autobuses no dejan entrar sin mascarilla. Yo todavía no tengo...

—Puedo ir yo con Yumiko —propuso Edward—. Y tú, Pablo, nos acompañas si quieres.

—Pero Arvid no está —objetó Claudia—. ¿Contamos con él o no?

—Bueno, habrá que contar. No le vamos a dejar sin comida.

—Según es... protestará sí o sí —murmuró Edward—. ¿Por qué no esperamos a que venga?

—Porque mañana ya no habrá nada —dijo Yumiko—. ¿No habéis visto las redes? La gente está arrasando en los supermercados. Hay que ir a comprar hoy, no podemos dejarlo.

Pablo se ofreció a participar en la compra, y Yumiko fue a su habitación a por mascarillas para prestar una a cada uno. Andrei, mientras tanto, terminó de preparar el té.

—Traed aceite para cocinar, y conservas de verduras, es muy importante. Cosas que duren —dijo Claudia—. Arroz, frijoles...

—Carne en conserva, también. Y arenques ahumados —pidió Andrei—. Luego hacemos las cuentas.

—Pero Claudia es vegana —dijo Yumiko—. Eso no lo va a comer...

—Yo tampoco voy a comer sus horribles ensaladas. ¿Qué pasa? Habrá que comprar para todos, ¿no? Pero bueno, si no queréis comprar lo mío, voy yo por mi cuenta, no hay problema.

—Cálmate, Andrei. Solo era una observación —dijo Edward—. ¿Algo más?

—Yo voy a comprar aceite de oliva y el resto de ingredientes para hacer una tortilla de patatas —explicó Pablo con timidez—. Pensaba hacerla uno de estos días para invitaros, así me presento y tal.

—Pues muy bien. Los españoles, siempre tan sociables. Amigos sí o sí —contestó Andrei mirando de frente a Pablo—. Yo no sé si saldré de mi cuarto, pero bueno. Gracias por la invitación.

Los tres que se iban a encargar de la compra bajaron al *parking* y desde allí tomaron la carretera que se alejaba del lago en dirección a la parada de autobús. Aunque ya llevaba seis meses en Escocia, Pablo no podía dejar de mirar las copas gigantes de los robles, el verde recién estrenado de sus hojas, y el contraste que ofrecía con el azul profundo del cielo, siempre empedrado de nubes. Echaría de menos aquellos cielos cuando volviese a España.

Desde el momento en que se subieron al autobús, se apoderó de él una curiosa sensación de irrealidad. El conductor llevaba mascarilla, y ellos eran los únicos pasajeros. Con un cerrado acento escocés, el hombre se puso a enumerar los desastres que se avecinaban por culpa del virus. Según él, era un arma biológica que habían soltado los enemigos de Gran Bretaña para castigar al país por el Brexit.

—Pero está afectando a todos los países del mundo —objetó Edward—. Así que vaya desastre de arma biológica...

—No. A ellos no les afecta. Tienen el antídoto —replicó el conductor en tono críptico.

Quiénes eran «ellos» no estaba nada claro, y ninguno de los tres se sentía con ánimos para indagar en las creencias esotéricas de aquel hombre, así que se sumieron en un silencio distraído durante el resto del trayecto. Pablo se dedicó a observar la mezcla de verdes nuevos y viejos en las colinas, y la torre Wallace, gris y torpe, coronando la exuberante vegetación primaveral. Le habría gustado saber cómo se llamaba cada tipo de arbusto, de árbol, cada pájaro que veía posado a cualquiera de los lados de la carretera, pero era algo que nunca había llegado a aprender. Tal vez algún día.

En el único hipermercado del pueblo, el ambiente era casi de histeria. Delante de las cajas se habían formado grandes colas, y algunas personas se enfadaban porque otros clientes no respetaban las distancias de seguridad. Mientras recorrían los pasillos de los productos básicos, se encontraron personas de distintas edades que habían atiborrado sus carritos hasta el extremo. Los artículos que llevaban parecían elegidos para sobrevivir en un búnker a una catástrofe nuclear: botes de legumbres, montones de latas de atún, paquetes de pasta y arroz, harina, latas de piña en almíbar, papel higiénico. Los menús del confinamiento prometían ser bastante aburridos.

—¿Compramos harina nosotros también? —preguntó Pablo.

—¿Para qué? Yo no sabría hacer nada con ella —contestó Edward—. No tengo ni idea de cocinar. Y, por lo que he visto en la casa, los demás están igual.

—Hombre, yo no es que sea un chef, pero hacer un bizcocho o unas galletas no es tan difícil —dijo Pablo, y alargó la

mano hacia el estante para coger tres paquetes distintos de harina. También cogió levadura y unas botellas de claras de huevo en la sección de refrigerados. Yumiko se encargó de elegir las verduras frescas y algunas conservas, mientras Edward iba y venía entre los pasillos para emerger de vez en cuando con algún envase llamativo de contenido nutricional dudoso.

—No podemos estar sin cereales inflados. Y esto es una salsa barbacoa con mezcla de mayonesa... si voy a tener que comer lentejas, al menos que sepan a algo.

Cuando les llegó el turno de pagar, Edward se empeñó en utilizar su tarjeta de crédito. Pablo le tendió su parte en efectivo, pero no quiso cogerlo.

—Luego, en la casa, hacemos cuentas y me lo pagáis por Bizum, que no quiero tanto efectivo —explicó.

La primavera escocesa había dejado muy atrás las cortas tardes invernales, cuando a las tres de la tarde la oscuridad era casi completa. Aun así, cuando salieron de hacer la compra había anochecido. Casi todos los clientes del hipermercado abandonaban el recinto en sus coches, y solo ellos tuvieron que acarrear las bolsas (cuatro cada uno) hasta la parada del autobús. A Pablo le pareció raro que no hubiera más estudiantes en su situación, y lo comentó.

—La gente de aquí se ha marchado, han vuelto a casa en cuanto se oyó hablar de confinamiento —explicó Yumiko—. Y los alemanes y los nórdicos, lo mismo.

—Excepto Arvid —recordó Edward—. Lo de que su hermano se fuera y él no, me ha parecido raro.

—Parece que Olaf tenía problemas de asma, por eso sus padres han preferido que regrese —explicó la japonesa.

—O sea, que solo nos hemos quedado la gente de los países que están peor que aquí —concluyó Pablo—. O que

se encuentran demasiado lejos para organizar un regreso rápido.

—¿Sabéis qué? Creo que los padres de Andrei le han pedido que vuelva y él ha dicho que no —comentó Yumiko—. Ya sabéis que su habitación está al lado de la mía... Hace un par de días le oí discutir con su madre. Hablaban en francés, pero los entendía... más o menos. Yo creo que hasta le habían comprado el billete de avión y todo, pero dijo que no pensaba moverse de aquí.

Edward arqueó las cejas, asombrado.

—¿Y por qué? —dijo—. ¡Si no se relaciona con nadie! No hace más que estudiar, y, ahora que no va a haber clases... Pero claro, igual su casa es peor que esto.

—Es hijo de una modelo famosa, ¿sabes? —explicó Yumiko mirando a Pablo—. ¡Un icono de Chanel!

Pablo se mostró adecuadamente sorprendido, aunque no sabía nada de moda y aquel dato no le decía mucho. Resultaba raro, pero llevaba solo unas horas con sus nuevos compañeros de piso y ya había establecido más complicidad con ellos que con los de su antigua casa en todo el curso. Las circunstancias lo habían forzado, claro. Una compra de supervivencia, las calles desiertas, aquella sensación de que se habían quedado sin curso, sin planes, sin futuro... Era lógico que necesitasen hablar entre ellos, reconstruir una apariencia de normalidad.

Cuando finalmente llegó el autobús, resultó que el conductor era el mismo con el que habían hablado a la ida. Esta vez, sin embargo, los saludó con frialdad, y ni siquiera parecía recordarlos. Ocuparon los asientos de atrás del todo, para poder dejar las bolsas en el suelo sin peligro de que rodasen. A través de la ventanilla, Pablo siguió con la mirada la iluminación

pobre de las calles de Stirling, siempre dominadas por la silueta poderosa del castillo, allá arriba.

Se acordó de las primeras semanas en la universidad, cuando fue a visitar el castillo con Sofía y otros compañeros. ¿Lo había soñado, o ese día ella le había dado un beso? Ya no estaba seguro de nada. Sofía le había dicho varias veces en las últimas semanas que deformaba la realidad. Se preguntó si lo echaría de menos, si, ahora que los iban a confinar ella se arrepentiría de las cosas que le había dicho, de la forma en la que lo había humillado.

Le habría gustado pensar que sí, pero era poco probable. Lo más seguro era que estuviese encantada de haberlo perdido de vista. Estaba harta de él. Esa había sido su expresión exacta. Cada vez que pensaba en ello, se le formaba un nudo en la boca del estómago, y tenía la sensación de que nunca podría quitarse aquellas palabras de la mente. Se le habían incrustado como un tatuaje.

Cuando llegaron a la casa, encontraron a Claudia y Arvid cenando por separado en la cocina. De mala gana, los dos echaron una mano para colocar la compra en los armarios y el frigorífico. Con este último hubo una larga discusión, ya que, generalmente, allí cada uno compraba lo suyo y lo guardaba en su parte. Fue necesaria una reestructuración completa para situar los montones de yogures, paquetes de queso y fiambres que habían traído. Andrei se les unió después de un rato, y a Pablo le pareció que, si bien no hablaba mucho, estaba contento de poder participar. La que faltaba era la última chica, Suhani.

—Qué raro que no haya vuelto a estas horas —comentó Yumiko—. Si ella nunca anda por ahí tan tarde...

—Regresó hace rato —dijo Arvid—. Le pregunté si quería un té, pero me contestó con un bufido y se metió en su cuarto. Yo creo que algo le pasa.

—Que no quiera ligar contigo no significa que le pase algo —replicó Claudia, mordaz—. Estará afectada por todo esto, es normal. Dejadle espacio, ¿no?

—Por lo menos, podría haber salido a saludar al nuevo, que tiene muchas ganas de hacer amigos —dijo Arvid riendo—. Pero lo de tu fiesta española mejor lo dejamos para otro día, ¿no? Nosotros ya hemos cenado, y yo he quedado con mi hermano para jugar un rato *online*.

—Sí, mejor otro día, cuando estemos todos —dijo Yumiko.

Pablo asintió. Lo último que quería era forzar las cosas con sus nuevos compañeros de piso. Le horrorizaba la idea de que ellos también le considerasen un pesado... como Sofía.

Quizá podría dejarle un mensaje de texto a ver cómo estaba. Con la situación que se había desatado esa tarde, era normal que se preocupase por ella. Cualquier amigo habría reaccionado igual...

Se sirvió un vaso de leche y se lo llevó a la habitación con unas galletas. Necesitaba concentración para pensar bien lo que iba a decir. Iba a ser algo amistoso, pero desapegado al mismo tiempo. Le contaría lo de la compra de Tesco's y le sugeriría que hiciesen lo mismo en su piso. Sí, información práctica. La idea era ayudar.

Ya había escrito la mitad del mensaje cuando se dio cuenta de que ella había cambiado la foto del perfil. Pulsó para ampliar la nueva. Reconoció el disfraz, Sofía se lo había puesto para una fiesta jipi en el otoño pasado. Pero no recordaba la pintada de la cara. Sobre el pómulo derecho, con un lápiz de ojos, alguien había trazado una palabra: FREE.

Free. Libre. Así era como se sentía después de romper con él.

Pablo borró las palabras que había escrito, se bebió de un trago la leche fría y empezó a deshacer las maletas.



Pablo está estudiando en la Universidad de Stirling, Escocia, desde que comenzó el curso. A principios de abril todo se derrumba al mismo tiempo: su historia de amor con Sofía parece abocada al fracaso, y su traslado a un nuevo piso de estudiantes coincide con el primer confinamiento decretado como respuesta a la pandemia.

Sin embargo, los desastres unen, y Pablo va a encontrar en sus nuevos compañeros un apoyo inesperado... Juntos, explorarán la incertidumbre de la situación que están viviendo y combatirán el desánimo a través de la imaginación. Aunque no será fácil.

1525273

ISBN 978-84-698-8560-4



9 788469 885604

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com